CAPÍTULO XXXIV.

DE LA GUERRA SEGUN LA LEY DE LA NATURALEZA.

¿Qué viene á ser la guerra? Un oficio de bárbaros, en que todo el arte consiste en ser el mas fuerte en un punto dado.

(NAPOLEON, la víspera de la batalla de Moskowa.)

Y cuando la civilizacion habrá conseguido en Europa el abandono de los antiguos usos de la barbarie, la guerra será imposible, porque no habrá fuerzas materiales que puedan luchar contra las fuerzas morales.

(ODILON BARROT, *Discurso á la cámara de diputados*, sesion de 13 de abril de 1831.)

No temais, señores, seguir este verdadero progreso del espíritu humano que confiara no á ejércitos mandados por capitanes mas ó ménos hábiles, no á la fuerza bruta, sino á los nobles combates del espíritu, á las luchas del entendimiento, el destino y la direccion de las sociedades.

(BERNIER, *Discurso á la cámara de diputados*, sesion de 6 de enero de 1834.)

Existen dos derechos que han visto los siglos sucesivamente prevalecer en la tierra; el derecho de fuerza y de conquista, derecho feroz y bárbaro que jamas invocaré, derecho brutal contra el cual ha sido fundada y se desarrolla toda civilizacion; hay otro no ménos dominador, no ménos infalible, pero mas moral y mas divino, el cual el mundo reconoce sin advertirlo, y que os hará triunfar sin combate y sin obstáculo: es el derecho de civilizacion.

(LAMARTINE, *Discurso á la cámara de diputados*, sesion de 8 de enero de 1834.)

EL mas fogoso partidario del despotismo sacerdotal, un hombre que en el desprecio con que mira la

humanidad, no tiene á ménos constituirse apologista de la inquisicion y de los verdugos, M. de Maistre, dijo: «La historia prueba que la guerra es el estado » habitual del linaje humano, es decir, que en el glo- » bo debe derramarse continuamente la sangre á sus » habitantes.» En apoyo de esta horrorosa palabra, pinta el autor el cuadro de las guerras que han desolado el mundo, desde la caida del imperio romano hasta nuestros dias. Coge los extremos de esta sangrienta cadena que atraviesa siglos, y cuyos anillos son cada uno una batalla; hace volver á caer su sangre sobre la cabeza de los hombres constantemente verdugos, eternamente víctimas; y despues, con un tono que él quisiera hacer pasar por profético, se atreve á decir al mundo: «Así la sangre será cons- » tantemente derramada: es la ley de nuestro ser: » el hombre ha de derramar su sangre, porque no » puede ser purificado sino por medio de ella.» En su demencia teológica, nos dice que todas estas carnicerías son cosa de Dios; su genio ve en ellas un castigo que tiende á una regeneracion, como si perpetuar nuestros crímenes fuese el único medio de hacernos mejores.

Matad pues, matad incesantemente, matad sin temor y sin remordimientos, porque matais para que se os perdone: ¡de la guerra depende la redencion!

¿No es verdad que este hombre ha querido en media docena de líneas dejar atras todas las furibundas doctrinas de nuestro siglo? Negar á Dios, era poco; pero formarle á imágen de un verdugo, esto sí que es digno de admiracion. Negar el crímen y la virtud, decir que todas las acciones son indiferentes, tampoco valia la pena; pero exhortar al hombre al asesinato, cebarle en el derramamiento de sangre, haciendo salir la guerra de la voluntad de Dios, esto sí que es hermoso, esto sí que es moral y católico! Notemos

que no se trata de justificar el crímen por la impiedad, sino de santificarle por medio de la religion! ¡Oh! hablamos perfectamente! ¡nuestra elocuencia es sublime! ¡nuestro genio infalible! ¿No está escrito en la Biblia que Dios es el Dios de los ejércitos? ¿Qué quiere decir esto? que la guerra es divina. ¿No está á la vista de todos que los animales se devoran mutuamente? ¿Qué quiere decir esto? que matar es una ley de la naturaleza; así el hombre exterminará al hombre sin fin, sin medida y sin descanso, matará inocentemente, porque Dios lo mandó, porque matando se redime, porque hay anatema, y esta maldicion ha de cumplirse hasta la muerte de la muerte (1).

Dejemos á ese hombre poseido del demonio insultar á un tiempo á Dios y á los hombres, y tratemos de dar algun paso fuera de este caos de iniquidades teológicas, apoyadas en una completa ignorancia de las leyes de la naturaleza.

Entre los escritores que han tratado de guerra, unos pocos han negado el derecho de declararla, otros la han limitado á la defensa. La escuela antigua consideraba á los conquistadores como destructores del mundo; la escuela moderna entiende que la guerra es el medio mas poderoso para civilizar á un pueblo. Si queremos hallar la verdad, ni preguntaremos á los filósofos, ni á la historia: Grocio y Bacon entienden en esto ménos que la naturaleza, y en cuanto á la historia, fuera gran locura querer darle el peso de autoridad. Los hechos pueden dar testimonio de lo que fué; pero ¿cómo podrian representar dignamente lo que debe ser, sin dejar destruida la perfectibilidad del linaje humano?

(1) Véanse las *Veladas de S. Petersburgo*, t. II, pág. 34 y siguientes.

La perfectibilidad es un hecho por sí mismo, y un hecho moral que domina todas las historias. Sigamos la guerra en las diferentes fases de nuestras civilizaciones.

Al principio se trata solo de una presa: la miseria es constantemente cruel, y la ignorancia ciega. Siempre el hombre mata á su enemigo para despojarle, devorarle: tal es el estado salvaje.

De este al de barbarie no hay mas que un paso, sin embargo la guerra tiende ya á ennoblecerse. Ya no se trata de una presa, sino de una venganza. Todo el mundo corre á las armas para castigar al que robó á Helena: habla de reparar un tuerto, de borrar un ultraje: hay progreso.

Vienen en seguida las guerras de conquista y de ambicion: Alejandro devasta el Asia para hacer pronunciar su nombre en la plaza pública de Aténas: la gloria encubre el pillaje y la venganza. El héroe no aspira sino á atraerse la admiracion, es un alma elevada que se descarria, pero el progreso es inmenso y las guerras de Roma aceleran la civilizacion del globo.

Estas guerras ambiciosas se perpetúan hasta llegar á los pueblos modernos, empezando entónces las guerras de religion. Un juramento nuevo se hace lugar en el corazon de todos los pueblos. No se habla ya de la gloria del hombre, sino de la gloria de Dios. Los varios tesoros de la tierra dejan su lugar á los tesoros de la eternidad: las guerras tienen el objeto de salvar las almas, de librar á sus enemigos de las penas del infierno, y de abrirles las puertas del cielo. Error sublime inspirado por el falso cristianismo á la bárbara multitud. Primera aparicion del sentimiento de lo bello y de lo infinito en los pueblos y en los ejércitos. La Europa se desmaterializa, obedeciendo en masa á un pensamiento que juzga moral.

Al traves de las tinieblas que la rodean corre á la muerte para hacer triunfar la verdad. Y miéntras que las almas estan soñando el martirio, S. Luis establece este principio generoso, pero incompleto: que la guerra entre cristianos es un fratricidio. El mundo admirado lo cree sin comprenderlo, cesan todas las guerras de Europa, y la barbarie del Occidente, imbuida en esta nueva idea, tropieza por espacio de muchos siglos en la barbarie del Oriente.

Finalmente las guerras políticas, las guerras de emancipacion y de libertad reemplazan las guerras religiosas. Este es el periodo en que nos hallamos, período que debe terminar por las guerras de defensa, que serán las únicas posibles tan luego como Europa, sacudiendo sus cadenas, haya reconstituido sus pueblos en el Evangelio y la libertad. Pero no basta caracterizar la guerra por la pasion de cada época, es menester hacerlo tambien por medio de las personas que representaron estas pasiones. Pasemos de Aquiles á Alejandro, de César á Bonaparte. Estos cuatro hombres reunen por medio de la gloria de las armas los tiempos antiguos y los modernos; cada uno de ellos es la expresion de su siglo y dan testimonio de su progreso: sacrificios humanos en la tumba de Patrócles; dos mil Tirios crucificados en las riberas del mar, en medio de la calma de la victoria, pueblos enteros pasados al filo de la espada, ó vendidos en subasta pública como un ganado despreciable: tales son los espectáculos que nos presentan simultáneamente Aquiles, Alejandro y César. Sigamos ahora á Bonaparte desde Roma á Viena, de Berlin á Moscou. ¡Qué cambio en medio de tan horrorosas carnicerías! La muerte de un amigo es llorada, ya no se degüellan hombres sobre el sepulcro de otros; el militar se bate, pero no asesina á un guerrero indefenso; se toma una ciudad, pero ya no se venden esclavos.

¿Y quién impedia á Bonaprte, dueño del mundo, coronarse con los laureles de Aquiles, de Alejandro y de César? ¿quién? La voz del linaje humano.

La guerra que queria emprender Enrique IV para consolidar la paz universal de Europa, es tal vez el sentimiento mas noble que haya ocupado el corazon de un rey; y es tambien la mas bella de las páginas de la historia universal. Sin duda este gran rey se engañaba, pero aun así, era digno de la gratitud del mundo civilizado. No habia en aquella época quien pudiese manifestarle que para que tan noble idea tuviese resultado, no debia proceder del rey, sino del pueblo. La paz no es la centella que despide el choque de las armas, la paz es una antorcha que se enciende en el hogar de la civilizacion.

Tal será la suerte de la guerra en el globo. Y no pedimos mas que una cosa, y es que de la verdad de lo pasado se juzgue la verdad del porvenir. La guerra es un estado transitorio de los pueblos; á medida que adelantamos, sus pretextos cambian y se moralizan sus justificaciones. Y en este camino de perfectibilidad, no hay mas desenlace que la paz, porque solo la paz es humana y razonable.

A estos hechos tan poderosos no faltará quien oponga la ley terrible de la naturaleza, ley de reproduccion por medio de la destruccion, ley que nos condena á morir en el dia mismo en que nos llama á la vida. En efecto, la guerra está en nosotros y al rededor de nosotros: todos los animales reciben al nacer armas para combatir, todos vienen al mundo como á un campo de batalla que han de regar con su sangre; y en este terrible combate, el hombre aparece como el rayo, llamando la inteligencia al socorro de su ferocidad, volviendo contra sí mismo todos los beneficios de la naturaleza, y haciendo alarde de sus estragos.

¿No se diria que matar es cumplir la ley?

Sí, si el hombre no es mas que una fiera, la sangre del hombre correrá eternamente: hé ahí la ley de las fieras, y es preciso que la ley se cumpla.

¿Quién pues detiene en el hombre su cumplimimiento? ¿porqué todos los hombres, como todos los tigres, no pisotean su presa y no se ceban en ella? ¿porqué ese horror á la sangre, esos gritos de la conciencia, esas maldiciones contra los furores de la conquista? ¿porqué la compasion y la humanidad? Es que la ley de la naturaleza es para el hombre una ley de amor y no una ley de destruccion. En la tierra solo el animal está condenado á matar: así es que en nosotros no hay mas que el animal que mate. A medida que se desarrollan nuestras facultades divinas, las armas nos caen de las manos. Empezamos por dudar del derecho de degollar á nuestros semejantes, y concluimos por lamentarnos de nuestro extravío. ¡Ah! si hubiésemos nacido para esos estragos, Dios no hubiera puesto en nosotros la conciencia, que no deja para quien los ha cometido mas que remordimientos, el sentimiento moral que los condena, y la razon que los maldice. No hubiera vivificado el alma humana con el sentimiento de lo bello y de lo infinito, que la eleva al cielo, si no hubiese querido ver en la tierra mas que combates de tigres y las ejecuciones de los verdugos!

Todas las facultades que nos distinguen del bruto tienen horror á la sangre, y todas estas fucultades tienden al amor de Dios y de los hombres.

Hé ahí nuestra ley! la ley que algun dia ha de anonadar la guerra en el globo. Es humana, es divina; es del cielo y de la tierra, como lo es la criatura á quien fué dada.

CAPÍTULO XXXV.

REPETICION.

> Y aun cuando lo hubiera dicho dos veces, si no es demasiado el decirlo por tercera vez.
>
> (MONTAIGNE.)

Así las leyes de la naturaleza vienen á destruir nuestras supersticiones y á desvanecer nuestros sustos.

No hay error que no descubran, ni tiranía que no condenen.

Veremos caer delante de ellas todos nuestros códigos bárbaros, todas las potencias que hacen esclavos y confiscan almas, el derecho del mas fuerte, las armas ensangrentadas, las cadenas de los déspotas y la cuchilla del verdugo. Así todas las especies de esclavitud, todos tos suplicios que dan la muerte, se borrarán de la historia del linaje humano!

CAPÍTULO XXXVI.

APRECIACION DE LAS LEYES POLÍTICAS DE CRETA, DE ESPARTA, DE ATÉNAS, DE ROMA, POR LAS LEYES DE LA NATURALEZA.

Las naciones griega y romana han desaparecido del mundo á causa de lo que habia bárbaro, es decir, injusto en sus instituciones.

(Madama DE STAEL, *Consideraciones sobre la revolucion francesa*, tom. I, pág. 2.)

Los imperios nacen y mueren como los hombres. Su elevacion á medida que se acercan á la verdad, su degradacion á medida que se apartan de ella, es un hecho inmenso que causa admiracion á todos, y cuyo fruto ha de coger algun dia la humanidad.

Resulta de esto que la superioridad de los pueblos civilizados sobre los pueblos bárbaros es toda moral. El número y la fuerza desaparecen ante la accion de un sentimiento verdadero ó de un pensamiento virtuoso.

Dos veces en los anales del mundo el amor de un pequeño rincon que recibió el nombre de patria dió el imperio á un puñado de hombres. Habrian conservado este imperio, si hubiesen sido justos: no hay ejemplar de un pueblo muerto en el seno del heroismo y de la virtud.

Todos han muerto bajo el peso de las supersticiones, de las ambiciones, de la corrupcion, de la ignorancia y de la inhumanidad. Todos han muerto por haber desconocido la dignidad del hombre y violado las leyes de la naturaleza.

Seria un acto de alta justicia el poner á Esparta, Aténas, Roma, objetos eternos de la admiracion de nuestra juventud, en presencia de las leyes de la naturaleza, y el hacerlos juzgar por estas leyes.

¡Con qué sorpresa veríamos á los mas bellos ingenios de la antigüedad mutilar al hombre para sujetarle á su modo de concebir; hacerle grande, como Dios ha hecho á los animales libres y poderosos, limitándolos á un solo instinto; buscar en fin en una ley aislada de la naturaleza (el amor de la patria) los elementos de una superioridad moral que pudiese regenerar á un pueblo y dominar lo restante del mundo, á que esta ley quedase desconocida! Porque ahí se concentra el verdadero espíritu de los legisladores de la Grecia. El hombre les parece un ente sobrado activo y vasto: no imaginando el medio de sujetarle entero, le dividen, le reducen, le descompletan; suprimen la mitad, y despues dicen á la otra mitad: Anda, combate, despedaza, sé el mas fuerte; héte ahí libre!

El niño educado para la guerra, no recibiendo de la educacion mas que dos ideas, el amor de su pais y el desprecio de todas las demas civilizaciones; el hombre no viviendo libre sino con condicion de renunciar al ejercicio de su propia voluntad; desechando como una debilidad todas las artes, todas las ciencias, que hubieran podido ilustrarle y hacerle afable; no viendo en el globo entero mas que enemigos ó bárbaros, tierras que conquistar y esclavos que encadenar; separándose en fin de todos los demas pueblos por orgullo, y del linaje humano por ignorancia, tal fué la humanidad de los tiempos antiguos, tal fué la ley impuesta á las naciones heróicas de la Grecia.

Llamar la atencion de un pueblo con una sola idea, no permitirle mas que una pasion, y quitar el freno

á esta pasion en el mundo; hé ahí el gobierno republicano cual existia en Creta, en Esparta, en Aténas y en Roma, y ese gobierno descansa en los mismos principios que el gobierno despótico.

En el gobierno republicano, el déspota es el pueblo; y tiene por vasallos á todas las naciones que le rodean. Sus caprichos y sus voluntades trastornan el mundo; es preciso servirle ó morir.

Así el mayor esfuerzo de los legisladores antiguos fué trasladar el despotismo del amo á los súbditos, identificar una nacion con la voluntad de un tirano. Dióse á esto el nombre de libertad, y la violacion de todas las leyes de la naturaleza se llamó virtud.

Y no se crea que yo quiera negar las influencias gloriosas de esas instituciones. Su accion fué muchas veces heróica. Vióse salir de ellas caractéres sublimes y nobles sacrificios; dieron á un puñado de hombres la dominacion universal; pero nada hicieron para la felicidad de la Grecia; hicieron poco para el progreso de la humanidad.

Se ha dicho que esas instituciones habian llegado á ser imposibles, porque nos faltaba virtud. Hubiera sido ménos picante, pero ménos verdadero, decir que no podian renacer, porque violaban tres grandes leyes de la naturaleza reconocidas hoy de todos los pueblos civilizados: el sentimiento de la divinidad, es decir, el conocimiento y el amor de un solo Dios; el sentimiento de la sociabilidad, es decir, la union del linaje humano; en fin la perfectibilidad, que no permite al linaje humano retrogradar hácia lo pasado. Siendo todas las virtudes de Esparta, de Aténas y de Roma hostiles á la humanidad, no podríamos volver á ellas sin degradarnos á nosotros mismos. ¿Qué Europeo andaria friamente á caza de ilotas, como ordenaba la ley de Esparta? ¿Qué padre consentiria en vender á su hijo hasta tres veces, ó en

matarle, como permitia la ley romana? ¿Qué héroe haria la guerra para robar y degollar, y sobre las ruinas humeantes de setenta ciudades se atreveria á vender ciento cincuenta mil ciudadanos en pública subasta para distribuir su dinero al ejército, como lo hizo Pablo Emilio en Epiro, lo cual le mereció los honores del triunfo, la admiracion del pueblo romano, y casi la de la posteridad?

El reinado de Roma fué el de un bandido; se engrandeció por medio de la guerra y el pillaje, y pereció tambien por medio de sus riquezas y de la guerra.

No digamos mas que esas instituciones han llegado á ser imposibles porque nos falta virtud, digamos que han llegado á ser imposibles porque la humanidad y la verdad empiezan á reinar en la tierra.

CAPÍTULO XXXVII.

APRECIACION DE LA REPÚBLICA DE PLATON POR LAS LEYES DE LA NATURALEZA.

> Las leyes de Creta eran el original de las de Lacedemonia, y las de Platon eran su correccion.
>
> (MONTESQUIEU, *Espíritu de las Leyes*, lib. IV, cap. VI.

> Las leyes de las sociedades humanas solo pueden establecerse sobre las de la naturaleza.
>
> (BERNARDIN DE SAINT-PIERRE.)

Despues de haber comprobado á la luz de las leyes de la naturaleza las antiguas repúblicas que han gobernado el mundo, solo me resta, para completar